

poder iba en aumento, y la razon, que se emancipaba por instantes, impidieron que en el derecho público é internacional fuese la fuerza la única dominadora.

Le teoría del equilibrio sofocaba los votos y los intereses de los pueblos, que hasta en el interior permanecían al arbitrio de sus dueños. De aquí la escasez de las manifestaciones populares y que solo de las córtés dependiese todo. También los esfuerzos encaminados al bienestar material debilitaban la libertad de las naciones y de los individuos bajo pretexto de mejorarlos; en atencion á que los medios de obtener esta mejoría no eran conocidos, y tales se creían á menudo los absurdos económicos de consecuencias tan inmediatas para los pueblos. Teníanse las rentas por única riqueza, y se creía rico al Estado que exportaba mas mercancías que las que recibía. Hubiérase, pues, dicho que había llegado al colmo de la prosperidad el Estado que no comprase nada, es decir, se hubiera aniquilado el comercio si, por una feliz inconsecuencia, no se hubiese convenido en violar aquellas prohibiciones.

Entre el trabajo y el trabajador se interponía el fisco; y para elevarlo y robustecerlo, los gobiernos intentaron fomentar el comercio y la industria; despues, fijos siempre en su propósito, redujeron la ciencia rentística á examinar, no lo que conforme á derecho puede exigirse á un vasallo para bien del Estado, sino de cuanto puede privársele sin reducirle á la miseria. Arte supremo fué, pues, el elevar las rentas; pero aunque los pueblos daban mas, no eran mas ricos. Las rentas eran absorbidas por el fausto de las córtés, de los ejércitos y de la administracion cada vez mas complicada: tanto que no tardó en ser una necesidad la introduccion del papel moneda y el crédito público, remedio oportuno, pero que en mano de los déspotas dió desastrosos resultados, y expuso el valor de los bienes y de sus rentas á caprichosas vacilaciones. Como sucede en los épocas de transicion, á los antiguos males se unian los nuevos. Los soldados adquirían el predominio que los eclesiásticos ejercían primeramente, si bien estos influían todavía en los asuntos políticos, no pocas veces con la astucia del hombre que ha perdido la fuerza. Las persecuciones religiosas se disminuían aparentemente, pero no desaparecían las animosidades ni había conformidad en las cuestiones teológicas. Las clases elevadas perdían en orgullo, pero ganaban en indiferencia y frivolidad. Las nuevas producciones de América y las ya generalizadas de la India, las mejoras introducidas en la agricultura y en la industria, y el lujo que se desarrollaba, aumentaron los placeres de la multitud, pero asimismo atizaron las pasiones, especialmente en las poblaciones grandes; los pobres en contacto con los ricos contrajeron sus vicios, y para sostenerlos, se envilecieron.

Tal es el estado de Europa que se llama progreso.

CAPÍTULO II

Francia. — Luis XIII y Richelieu.

Á la muerte de Enrique IV, tan ventajosa para sus enemigos exteriores que parece obra suya, María de Médicis, su mujer, se esforzó por aparecer hondamente afectada; pero no bien se vió proclamada por la espada del duque de Epernon regenta del reino durante la menor edad de su hijo Luis XIII, que apenas contaba nueve años, deshizo cuanto había hecho su marido. Á pesar de haber tenido Enrique celos de Concino Concini, Florentino, María le unió á Leonor de Galigay, su hermana de leche y confidenta íntima; Enrique era enemigo acérrimo de España, y María la brindó con la paz, casando al jóven rey con la hija de Felipe III, y á su hermana con el príncipe de Astúrias; Enrique tenía depositada toda su confianza en Sully, y María le indicó que se retirara, de modo que vivió separado de los negocios hasta 1641, en cuyo tiempo escribió las Memorias de su amado señor.

En la Francia de aquella época, conmovida por las facciones protestantes y feudales, enemigas de la centralizacion parisiense y de la monarquía, quizá vió la regenta en la unidad católica el único apoyo de la unidad política. En efecto, los príncipes de la sangre, codiciosos de dominio y de adquisiciones, renovaron los tumultos reprimidos por Enrique IV, empuñándose en miserables intrigas, que por carecer de todo, hasta carecían de la energía que requiere el delito; los jefes de las facciones acudían á pedir recompensas, feudos, gobiernos y participacion en la autoridad, ganosos de renovar la obra empezada en la época de la segunda raza, y de sustituir la herencia de los gobiernos provinciales á la de los grandes feudos (1). Pero el torpe deseo de enriquecerse les impidió llegar á la grandeza política á que aspiraban, y María, mujer de espíritu y corazón pequeño, ocultando sus resentimientos bajo una sonrisa, los tranquilizó, dándoles enormes sumas por el bien público.

Las asamblea de los Estados, pedida por los descontentos, es decir, por los ambiciosos, y reunida pocos dias despues de declarado mayor de edad el rey, malgastó un tiempo precioso en pronunciar bellísimos discursos, en hacer vanos cumplimientos y promover cuestiones fútiles; pero los celos que separaban á las tres clases, fomentados hábilmente por Concini, in-

(1) Montaigne indica lo débil que era la autoridad régia sobre los señores de provincia en estas palabras: « Voyez aux provinces éloignées de la cour, nommons Bretagne par exemple, le train, les subjets, les officiers, les occupations, le service et cérémonies d'un seigneur retiré et casanier, nourri entre ses vassaux, et voyez aussi le vol de son imagination: il n'est rien de plus royal; il entend parler de son maître une fois l'an, comme du roi de Perse, et ne le reconnoist que par quelques vieux coutinages que son secrétaire tient en registre. »

María de Médicis, 1610, 14 de mayo.

Octubre, 1614.

pidieron que se resolviera nada útil. El lugar-teniente civil á la cabeza de una diputacion del tercer estado había dicho á los nobles reunidos en la cámara: *Tratadnos como á vuestros hermanos menores, y os honrarémos y os amarrémos*; pero al dia siguiente el señor de Senece publicó una protesta de la nobleza diciendo: « Señor, el tercer estado que ocupa el último lugar, ha olvidado sus deberes hasta el punto de creerse igual á nosotros. Me avergonzaria de repetir las palabras con que nos ha ultrajado, comparando vuestro estado á una familia compuesta de tres hermanos, cuyos primogénitos son los eclesiásticos, los segundogénitos nosotros, y ellos los menores. ¿Adónde iríamos á parar si esto fuera cierto? Tantos servicios prestados desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades transmitidas por herencia á la nobleza, ¿la habrán, en vez de elevarla, humillado tanto que deba estar con el vulgo en la íntima sociedad que la fraternidad impone á los hombres? Juzgad, señor, y por medio de una declaracion dictada por la justicia cedlos entrar en el camino de sus deberes, y reconocer lo que somos y la distancia que nos separa (1). » ¡Tan alto rayaba la nobleza! De aquí que despues de dichas y escritas un enorme cúmulo de palabras, de las que el pueblo no sacó otra cosa mas que la obligacion de pagar á los diputados, se separaron estos para no volver á unirse sino de bien distinto modo el dia del triunfo de 1789 (2).

La administracion fué confirmada á la reina viuda. Quería ser déspota, pero no sabía reinar sola, y tan ardiente en la amistad como en la venganza se puso en manos de Concini. Compró este la mariscalía de Ancre en Picardía, y obtuvo varios gobiernos; sostuvo poderosamente á María en la lucha contra los príncipes de la sangre y los grandes feudatarios; le indicó que no pudiendo hacer la guerra á Austria, convenia tenerla por amiga; que no pudiendo destruir á los protestantes, era preciso debilitarlos; que no pudiendo deshacerse de los grandes, era preciso halagarlos. Mas que el consejo de Estado, hacía el consejo particular que celebraba todas las noches con la reina. Fué, pues, el blanco del odio general; se le llamó ambicioso, rastro, mariscal sin acciones de guerra, ministro sin conocimiento de las leyes, y se le acusaba de haber disipado 40.000.000 reunidos por Enrique IV. Los aristócratas no podían tolerar

(1) Del *Procès-verbal de la noblesse aux États de 1614*, p. 113.

(2) En el *Traité de la Noblesse de Thierviat*, impreso en 1606, se hace mencion de la ley que imponía á los plebeyos la obligacion de asistir á las escuelas durante un quinquenio para obtener el grado en derecho civil y canónico, al paso que solo se exigía un trienio á los nobles: de lo que aduce estas razones: « Soit que le droit nous ait estimés plus aptes à comprendre les sciences que les ignobles, parce que la chasse nous étant permise, nous mangeons plus de perdrix et autres chairs délicates qu'eux, ce qui nous rend un sens et une intelligence plus déliés que ceux qui se nourrissent de bœuf et de pourreau. » Paris, 47, n. 40.

á aquel advenedizo, hijo de sus propios méritos, no de su nobleza, y que nunca había reñido en duelo; les ofendía hallar cerradas las puertas de la cámara, que estaban siempre abiertas para la Galigay, por lo que se unieron á los protestantes; liga absurda del feudalismo y la Reforma. Su plan era apoderarse de Luis XIII, que debiendo en aquella época desposarse con Ana de Austria, se disponía á conducirla á Paris al frente del ejército, y al traves del fuego de los revoltosos.

En lugar de hostilizarlos, Concini aconsejó que se transigiera con el príncipe de Condé, su jefe, y se concediesen gobiernos, sueldos y remuneraciones; haciendo que el rey declarase que habían tomado las armas por el bien público. Condé, que conocía la pequeña, pero no la grande ambicion, envalentonado, se dirigió á la corte, con esperanza de eclipsar á Concini y quizá de destronar al rey; pero una vez en ella, fué arrestado. Este golpe de autoridad puso fuego á la mina; los príncipes descontentos y la regenta acudieron á las armas; Concini se comprometió á mantener siete mil soldados; y habiendo quedado por dueño y señor, improvisó nuevo ministerio del que formó parte Armando Juan de Pléssis, obispo de Luzon, que despues, bajo el nombre de Richelieu, se hizo famoso por haber sostenido una situacion cuyo peso rindió á Concini.

El jóven paje aragones Alberto de Luynes fué colocado al lado del rey por María y su protegido Concini, con objeto de hacerle instrumento de influencia; pero él, que antes que en los demas pensaba en sí mismo, una vez conquistado el corazón de Luis á fuerza de acariciarle en su dilatada infancia, le enseñó los pasquines que contra María se escribían; sembró en su corazón la sospecha de que pudiera envenenarle, pues estaba rodeada de envenenadores y de brujos italianos, y por último, le indicó la idea de quitar de en medio al mariscal y comenzar á ser rey de hecho. Luis le escuchó; Concini fué asesinado y su cadáver destrozado por el pueblo (1): Vitry, autor de este asesinato, recibió el baston de mariscal, lo mismo que Themines por la prision de Condé (2): los bienes secuestrados á Concini sobre cuyo cadáver se encontraron billetes endosados por valor de 2.000.000 é igual cantidad de metálico en su casa, fueron cedidos á Luynes, que era

(1) Guido Bentivoglio, que estaba de reunion en aquel entonces, lo notificó al cardenal Borghese, pero sin la mas mínima palabra de desaprobacion; cuenta la fiesta que con este motivo dió el rey, los parabienes que recibió de todos los señores, las crueldades que cometió el pueblo con el cadáver, tanto el dia que quedó expuesto como despues que fué desenterrado, advirtiendo únicamente que « el odio se convirtió en barbaridad. » Añade que « dió lugar esta circunstancia á regocijos públicos, y que estuvo de fiesta todo Paris. » De contado mandó el rey que se pusiera en noticia del nuncio, el cual fué á la audiencia del rey, conforme hicieron los demas embajadores. V. *La nunziatura di Francia del cardinale Bentivoglio*. Florencia, 1863, p. 494, 496.

(2) El duque de Bouillon tuvo á ménos llevar el baston de mariscal de Francia desde que bastó para ganarle ser esbirro ó asesino.

1615

1610-1685.

1617, 21 de abril.

el nuevo amo de Francia, ciego de orgullo al ver á la aristocracia triunfar del pueblo y del monarca. La mariscala de Ancre fué sometida á un proceso quizá mas villano que imbécil, por haber llamado á Francia Judíos, magos y astrólogos; hecho talismanes, símbolos y pentágonos; usado de la sangre de gallo y de pichones para remedios; héchose exorcizar por frailes italianos, y subyugado á la reina con filtros. *El filtro*, respondió la mariscala, *es el ascendiente que todo espíritu superior tiene sobre otro débil*; y sufrió con dignidad aquella estúpida acusación y aquella ignominiosa muerte.

La reina viuda fué relegada al castillo de Blois y Richelieu á Avignon, donde escribió de teología. Luynes se preparó á abatir el elemento hugonote y el municipal, como Ancre había abatido el feudal; pero no tardó en posponer todo proyecto á la idea de enriquecerse y enriquecer á sus hermanos, dándoles cargos, pensiones y proporcionándoles ventajosos enlaces: fué duque, par, cuanto quiso. Su conducta hizo, pues, nuevos descontentos; María fué puesta en libertad; la guerra civil levantó la cabeza; Luynes, « que no sabía lo que pesaba una espada, » fué nombrado condestable, pero se vió precisado á recurrir á Richelieu, que restableció la paz y persuadió á María á que se retirase confiando su causa al tiempo. Luynes creyó hallar un apoyo en Condé y le devolvió la libertad; Condé desde entónces permaneció fiel al rey, pero esta determinación y la ambición del favorito excitaron nuevos tumultos; María los fomentó, pero se sometió á la razón de las armas; muchos señores fueron desposeídos de sus bienes, y se prometió el capelo á Richelieu que también había sabido hacerse necesario á aquel partido.

Ménos fácil fué apaciguar las guerras, reanudadas por motivos religiosos en apariencia, pero políticos en el fondo. Las provincias no podían ver con paciencia concentrarse toda la vida en París, y el triunfo de los mendigos de Holanda animaba á imitarlos. Tendiendo una mano á estos y otra á los Ginebrinos, se podía descomponer la monarquía en cierto número de municipios y formar una república federativa. Ya los hugonotes, á quienes el edicto de Nantes daba una especie de soberanía, celebraban sus reuniones, ora en Montalban, ora en Cástres, ora en la Rochela, á las que concurrían diputados de todas la Iglesias, miembros del consistorio, ancianos y embajadores secretos de los reyes de Inglaterra, de Ginebra y Holanda y de los príncipes de Alemania. Primeramente imitaban á las municipalidades de Ginebra; despues quisieron elevarse á la forma social de Holanda, esto es, constituir una república religiosa, ordenada en círculos; cada círculo debía tener una asamblea provincial que gobernase y que eligiese los disputados que debían concurrir al consejo general; el duque de Rohan, que era yerno de Sully, ocuparía el puesto que allí ocupaba el príncipe de Orange. Por tanto, no solo

trataban en las asambleas de religion y de conciencia, sino de política, de feudos y de libertad municipal, soñando siempre con el desmembramiento de Francia; estaban en relaciones con las facciones de la corte; el duque de Bouillon y especialmente el de Rohan no dejaban pasar ocasion que no aprovecharan; los del Norte estaban en inteligencia con Inglaterra, los del Mediodía con España. Pero los jefes, acostumbrados á vivir en la corte, ó cargados de años, no se sentían dispuestos á emprender de nuevo la vida de los campamentos, y de aquí que las facciones decayesen: por otra parte el pueblo frances no estaba aun habituado á las ideas republicanas, y los nobles habían sido educados en la fidelidad al rey, fidelidad que habían heredado con la sangre ó con los blasones, y aunque hacían armas contra él, era á título de allanar ciertos obstáculos: el genio monárquico de los Franceses prevaleció.

Sin embargo, cuando el rey mandó que el Bearne fuese agregado á la corona, y se restituyeran á los Católicos los bienes ocupados por los protestantes, estos se levantaron, y á pesar de los esfuerzos de Mornay y Sully, reunieron una asamblea en la Rochela y se declararon independientes. Era, pues, preciso hacerles frente, y á Luynes fué confiado el mando del ejército; pero el desgraciado éxito de esta empresa agravó una fiebre que padecía, y sucumbió. Los auxilios del clero y el valor de Condé repararon en parte las primeras derrotas; se ratificó en Montpellier el tratado de Nantes, pero se demostraron, no obstante, todas las fortalezas de los hugonotes, excepto la Rochela y Montalban.

La reina madre, que volvió al favor á la muerte de Luynes, hizo colocar en el consejo á Richelieu, que apartó de sí á cuantos pudieran servirle de estorbo (1). Este no tardó en aparecer como muy superior á los demas ministros, dando vida y movimiento nuevo á los negocios, pues era el único que tenía ideas claras acerca de la monarquía, y de la necesidad de salvar con ella la unidad francesa de las mezquinas ambiciones que amenazaban fraccionarla. Luis le aborrecía y decía á su madre: *No me habléis de ese hombre: es un ambicioso que se comerá mi reino*; pero no era la ambición de Richelieu, la ruidosa ambición de Luynes y de Concini, en cuyo ejemplo escarmentaba. Hombre de severo aspecto, de noble continente, de conversacion clara, sin afectacion, de estilo limpio y conciso, de concepcion rápida, de espíritu atrevido sin faltar á miramiento alguno, tan hábil para seguir los grandes pensamientos como las pequeñas intrigas, amaba la verdadera gloria sin desdeñar la vana; sujetó á su voluntad todas las voluntades, inclusa

(1) Nueva luz arrojan sobre esta época las *Memorias del cardenal Richelieu* (coleccion PETITOT, 2ª serie, tomo 27, 1823), que comienzan en 1611 y acaban en 1638. En vano ha sido impugnada su autenticidad por algunos, así como también Voltaire impugnó en vano la del *Testamento político*.

la del rey; desafió el peligro del odio excitado por el terror, y como sus colegas temían su superioridad, todas sus propuestas eran aprobadas (1). Á un fin determinado dirigía los medios mas contradictorios, y sabía seguir un pensamiento sistemático, transigiendo con los acontecimientos. Odiaba á las dos casas de Austria, y sin embargo, se unió á ellas siempre que convino á los intereses supremos quitar de en medio cualquier obstáculo que se opusiera á la unidad real, toda traba al trono. Para conseguir esto, era preciso no tener corazón, y no contar las víctimas. No teniendo enfrente de sí ningun gran nombre, ni ninguna gran idea, sino solo medianías y anarquía, le inspiraban sus enemigos un desprecio que le arrastró á grandes abusos; se pintaba á sí mismo diciendo: « No me resuelvo á emprender una cosa sin pensarla ántes bien; pero una vez determinada, voy derecho al fin; todo lo destruyo, todo lo aniquilo, y lo cubro despues todo con un vestido encarnado. » Siempre estaban encima de su bufete el Breviario y Maquiavelo. Valiase de los aliados como de instrumentos que sacrificaba apenas dejaba de necesitarlos. Cuando María le hizo elevar á la dignidad de cardenal (1622), Richelieu le dijo: « La púrpura que debo á la benevolencia de V. M., me recordará siempre el voto que tengo hecho de derramar mi sangre en vuestro servicio; » no obstante, María no tardó en conocer que se había engañado creyendo poder reinar con su ayuda, y le echó en cara aquellas palabras, como si la gratitud fuera bastante á detener á un ambicioso en su camino.

Para poder satisfacer esa ambición, para consolidar el régimen interior y la nacionalidad, convenia abatir á la aristocracia y á los calvinistas, los recuerdos del feudalismo y las esperanzas de la república. La última paz no había cortado tampoco las disensiones que debían durar interin conservasen los reformados sus anárquicas prerogativas administrativas y militares. En la asamblea calvinista de 1621 publicaron una declaración de independencia, repartiendo en ocho distritos la setecientas iglesias reformadas que había en Francia, regulando la contribucion de hombres y dinero; en una palabra,

(1) La Motteville con una elevacion de juicio superior á la de los demas escritores contemporáneos, dice de Richelieu: « Á pesar de sus defectos, es preciso confesar que fué el primer hombre de su siglo, y aun en los siguientes no hallamos quien le sobrepuje. Su máxima era la de todos los ilustres tiranos: amoldaba todos sus proyectos, todos sus pensamientos y resoluciones á la razón de Estado y al bien público, que para él consistía en el acrecentamiento de la autoridad y del erario real. Quería que el rey reinase verdaderamente sobre el pueblo, olvidando que él era el primero que reinaba sobre él. Nada significaban la vida ni la muerte de los hombres, mientras no interesase á la grandeza y fortuna del rey, de las que creía dependían únicamente la grandeza y la fortuna del Estado. Á pretexto de conservar una y otra, no vacilaba en pasar por cima de todo para sostenerse. Fué el primer favorito que tuvo valor para abatir el poder de los príncipes y de los grandes, tan perjudicial al de nuestros reyes; y quizá también el único que arrastrado por el deseo de gobernar por sí solo, destruyó cuanto pudiera contrariar á la autoridad real. »

constituyendo la república protestante. También ofrecieron 100,000 escudos á Lesdiguières porque se pusiese á su cabeza; pero Lesdiguières, que tenía ya ochenta años y era señor de un pequeño reino en el Delfinado, se negó á admitir el mando de tan indisciplinado ejército.

Si Luynes había querido apoderarse de las propiedades de los protestantes, Richelieu aspiró á tomar sus fortalezas: ganó para ello á Inglaterra y á Holanda, sus únicos amigos: y aliándose con los protestantes, hizo conducir en sus propios buques los soldados encargados de tomar á la Rochela: firmó una paz con los hugonotes vencidos, sin curarse de que le llamaban papa de los calvinistas y patriarca de los ateos, porque así podía convenir á las nuevas necesidades del reino.

Continuaba en tanto en Alemania la guerra de los Treinta Años. La Valtellina, pequeño país situado entre la Lombardia, los Grisonos y el Tirol, apetecido siempre por el Austria por ser el anillo entre sus posesiones en Italia y Alemania, del poder de los Grisonos hubiera pasado al de España, de resultas de la revolucion de que en otra parte hemos hablado (1), si la oposicion de Luis no hubiera hecho que se diese en depósito á Urbano VIII. Pero noticioso de que España iba á tomar cartas en el asunto, el cardenal, uniéndose á los protestantes, envió un ejército contra el papa para hacerle ménos indeciso y á España mas tratable, é incontenti hizo que el príncipe de Rohan invadiera el valle que por el tratado de Monzon, firmado por Francia, España y Roma, fué restituido á los Grisonos calvinistas. ¡Hasta tal punto se había emancipado la política de las ideas religiosas!

Renovóse despues la guerra en Italia con motivo de la sucesion de Mantua, que disputaban al duque de Nevers, Saboya y España. Llegóse entónces el país á sangre y fuego: dos veces cruzó el rey los Alpes vencedor; el mismo Richelieu se dejó ver en el campo de batalla armado de punta en blanco; pero afortunadamente la paz de Cherasco y la de Millefleurs hizo que se depusieran las armas, y fuesen reconocidos como tales duques de Mantua los Nevers: Saboya perdió en la contienda á Pinerolo, que ofrecía á los Franceses una puerta por donde penetrar en Italia. (Cap. 33.)

Carlos I había mandado á la corte de Francia á su presuntuoso favorito Buckingham, el cual de resultas de haber requerido de amores á la reina, fué despedido. Rotas las relaciones, Buckingham, por venganza, instigó á su rey, y sobrevino la tercera guerra con los hugonotes. La Rochela, que era su único baluarte, confiando en el apoyo de los Ingleses, se levantó, y Guítton aceptó su mando diciendo: « Á condición de que ha de permitirse hundir este puñal en el corazón del primero que me hable de rendirse, y del mismo modo vosotros

(1) Véase la pág. 278.